



Estando muy a los últimos desauñado y hecho el Atauá de Vn Cran Tabardillo D.
Antonio de Olier le Ofrecieron sus Padres D.^o Dionisio Olier y D.^a Manuela Cytie
írez Vezi^s y Natura^s dela *[illegible]* de Sigüenza, acañeate Retrato y ser Maiordmo
de N.^a S.^{ta} dela Salud de Baruato, por cúa yntercesi^o henbreve fve
Libre de dña enfermedad en el Año del 1764 y Mes de Junio del de
1765.

EL INGENUO SANTUARIO DE LA BARBATONA

Por AGUSTIN DE FIGUEROA

Se levanta el santuario (del siglo XVIII) entre un grupo de casucas, coronando un alcor castellano equidistante de Alcolea del Pinar y de Sigüenza, la Episcopal. Esta Virgen de Barbatona, llamada también de la Salud, es objeto de muy arraigado fervor en la comarca. Una cuesta empinada y pedregosa conduce desde la carretera al templo. Mu-

chas mujeres de distintas generaciones la han subido de rodillas, los brazos en cruz. Venían a pie desde Estriégana y Sauca, desde Pozancos, Palazuelos, Atienza y Sigüenza, cruzando el vasto pinar; descalzas, clavándose en las desnudas plantas guijos y pinochas.

Negras crenchas encuadran el primitivo rostro de la imagen.

De los muros encalados del amplio santuario penden innumerables exvotos: manos, pies, ojos, senos, corazones. Cada uno de estos objetos inanimados acusa una dolencia, un agudo sufrimiento físico, y también una milagrosa curación.

Cientos de muletas ocupan todo un testero de la nave. Imaginamos estos aparatos —ahora colgados, inútiles— en

manos de los inválidos, que los emplearan para arrastrarse penosamente. Luego, un día, los primeros pasos inciertos, vacilantes, sin ayuda... El grito jubiloso, en signo de liberación. Y esa inefable sensación —desconocida del hombre sano— al andar de nuevo con paso firme y ágil, al poder «valerse». Sensación sólo comparable a la que habríamos de experimentar si de súbito nos prestan alas...

Otra gran superficie del muro aparece cubierta de ropa ajada, polvorienta.

«¡Cuánto microbio!», dirá el que vea, sin los ojos de la Fe, estas prendas acumuladas. Ahí está la infantil mortaja, que no llegó a emplearse, y el emperifollado vestido que la moza lució en las fiestas del pueblo. Y también uniformes, muchos uniformes. Algunos de rayadillo, que envolvieron cuerpos consumidos de fiebre en la manigua; otros, de un caqui desteñido por el ardor del sol africano. Cada uniforme lleva, en un papel prendido, el nombre del que lo ofreciera a la Virgen, una fecha, una nota, refiriendo sucintamente el caso. «El que por haber regresado con bien durante veinte meses de Melilla...»

Allá, entre las pitas morunas, en las llanuras de El Garb, el mozo castellano se acordó de la Virgen de la Salud porque iba a morir lejos de su tierra.

Otras ofrendas, las más conmovedoras quizá, por lo que tienen de sacrificada belleza, son las cabelleras muertas, tren-